

Fuera del periodismo propiamente tal, ó sea el de las hojas publicadas á diario, todas las que, sin excepción, han contenido y siguen conteniendo una sección destinada á las bellas letras, jamás han faltado publicaciones ó revistas exclusivamente literarias, no pocas de inestimable mérito, todas útiles, en las que poetas y literatos, con libre vuelo de inspiración, han producido obras de plan meditado y amplio desarrollo.

No decimos del folletín, modo de publicación de novedades literarias, nacido en Francia y en todas partes aclimatado, porque el folletín ha carecido de importancia entre nosotros. Aquí no se ha utilizado para dar á conocer la producción original de nuestros hombres de letras, y los directores de diarios, más atentos á allegar lucro que al adelanto de la literatura, abren el folletín á la baratija literaria exótica, con que resulta colmado el pliego de impresión, sin más costo que el jornal del cajista. Que las patrias letras nada ganan, ¿qué importa? ¿Qué importa que la multitud, destituida de criterio estético, pervierta su sentido y sorba con frecuencia deletérea ponzoña? El director saca su provecho, y basta con eso.

Y por cuanto el periodismo es parte integrante de la literatura nacional, no haremos para él capítulo aparte, sino que formará una sección del siguiente, destinado á la revista y examen de la labor literaria mexicana, en la que será ocasión de señalar cuáles han sido los periódicos, cuáles las revistas de literatura que más fecundamente han contribuido á despertar y avivar las aficiones al gayo saber en los tres focos de radiación literaria arriba marcados.

III

LA OBRA LITERARIA

Dada la índole de esta reseña, al tratar de la producción literaria limitaremos forzosamente á obras y autores que más hayan influido en la evolución de las letras en determinado ramo, ó que hayan logrado ganarse los favores del público, hubiera ó no justicia para tal privilegio. Otro proceder, á más de ser tarea muy por encima de nuestro alcance, fuera asunto de un trabajo que no cabría dentro de las proporciones que en las páginas de este libro se le tienen asignadas.

Por razón del método, hemos titubeado sobre si al trazar el presente cuadro convendría clasificar nuestra literatura por escuelas, y retrájonos de un semejante propósito la bien atendible consideración de que, hablando en puridad, en México no ha habido escuelas literarias, en el estricto sentido de la palabra: los que llamaríamos clásicos no vendrían á serlo sino por la época en que escribieron, que á falta de otros patrones se inspiraron en los únicos que les fué dado conocer, ni tenían potencia bastante á crear nuevas formas ó estilos. Tanto es así, que es fácil observar cómo desde que aquí fué conocida la escuela romántica, el mismo autor que en una composición muestra tendencias clásicas, en otra, no menos aplaudida, revela neto romanticismo. Huyendo, pues, del riesgo de sujetar en lecho de Procusto á nuestra producción literaria, de someterla á un sistema de clasificación facticio, habrán de orientarnos tan sólo las ideas arriba apuntadas. Por otra parte, de encerrarnos dentro del criterio preceptista, fuera de que asumiríamos ínfulas magistrales, de que librenos Dios de presumir, cambiaríamos la naturaleza de este estudio, que es de síntesis, no de crítica.

¿Y por qué no declararlo? Respeto profundo guardamos á las doctrinas del clasicismo, al que adeuda la humana cultura la revelación y enseñanza de los arcanos de la belleza en letras y en arte; mas nuestro respeto no va hasta el fanatismo. Hay que reconocer que más de un canon horaciano ha perdido autoridad, muy principalmente, porque la evolución del arte, su perfeccionamiento, que sería temerario negar, ha desechado reglas que, ó no se conforman con la naturaleza, más atenta y sabiamente estudiada, ó la circunscriben á un solo punto de vista, donde los tiene múltiples.

Daño trascendental ha sido para el clasicismo la labor de aquellos espíritus mediocres, que, ambiciosos de palmas literarias, han creído suplir la pobreza de numen con la nimia observancia de las reglas, des-

entendidos de que éstas se formaron para guía de la inspiración, no para crearla. Norabuena que lleven riendas los caballos del Sol, si es Apolo quien ha de regirlas. Y si aquellas pragmáticas han de despojar de sus fueros al genio creador, convirtiendo las bellas letras en manifestación intelectual no evolutiva, en Amazonas estancado entre insuperables diques, hay que abolirlas, hay necesidad de condenarlas; otra cosa sería la negación y muerte de la literatura, y la literatura es afirmación, es vida, es inmortalidad.

Repitémoslo: no hay escuelas literarias en México; los que se aplican el extraño calificativo de *eclecticos* no militan bajo bandera determinada, ni constituyen núcleo, ni apellidan jefatura ninguna; miden los quilates de la belleza literaria por su sentido individual, según la impresión que les causa ó la percepción que les sugiere la lectura del libro. Y ésta no es, ni puede ser escuela. Si valiera un neologismo, más que otro, les sentaría el calificativo de *auto-estetas*, porque sus apreciaciones en materias literarias se gobiernan por el sentir de su propio yo.

En la necesidad de que este cuadro no rompa con toda idea de orden, seguiremos el que impone el propio organismo de la literatura, el de los géneros en que está dividida.

LA POÉTICA

Primogénita de la literatura, la poesía, de pleno derecho tócale figurar en primer término.

Envaneciéramos de todo como de tener poetas, y fuéramos, no sólo á manera de Ática americana, sino cabeza del mundo culto. Sin más que en la numerosa falange de literatos que han aspirado á ceñir la siempre verde corona apolínea debe hacerse discreta y precavida selección. Dotada el habla castellana de incomparable adaptación para la poesía, no es raro que, sin nociones prosódicas ni de métrica, haya quienes

versifiquen con número y medida, completada la ilusión con el prestigioso consonante, y apenas si se contará entre los que recibieron alguna educación literaria, quien no hubiera hecho versos en la dorada edad juvenil; versos, sí, *verba et voces pretereaque nihil*. Mas no estriba en el arte de versificar el ser poeta; radica en más alta potencia, en más singular disposición. «Estos ciegos, según la expresión con que Anatolio France ha amplificado el antiguo *Vates* (adivino), que ven lo que no perciben los otros mortales,» no brotan como nidada de codornices: son *rara avis*, provistos de facultades privativas, tal cual se requiere, ora para remontarse á las idealidades psíquicas y revelar en lenguaje humano y bajo formas sensibles lo abstracto é incorpóreo, ora para abismarse en las hondas simas de la conciencia y sacar del fondo la perla ó el cieno, que todo eso yace confundido en los arcanos de nuestra esencia, ora para interpretar las voces de la naturaleza en su sentido íntimo, no de todos penetrado. Esto es ser poeta.

Los tenemos, sí; no todos rayanos á la misma altura, que no todas las abejas del Himeto brillan con el mismo oro, ni liban de la misma rosa; pero sí todos dignos de competir con los que en otros pueblos cultos alcanzan el renombre de poetas.



D. José Gómez de la Cortina

LÍRICA

El soplo de la inspiración tiene sus gradaciones y hasta sus géneros, pero es, sin duda, en la lírica en la que vuela con mayor libertad. Todas las modulaciones del sentimiento, todas las expresiones de la emoción, las formas todas de lo que el humano espíritu concibe, hallan en la lírica su mejor intérprete, recorriendo sin trabas ni atajadizos, desde el huracán horrisono y desenfrenado, engendro de la pasión febril, hasta el doliente quejido y el suspiro tenue en que se exhalan el dolor, el arrobamiento y la ternura. Por eso en la lírica es en la que más genuinamente se revela el genio y el temperamento del poeta.

Tres notables líricos abren la historia de nuestra literatura nacional: D. Andrés Quintana Roo, D. Francisco Ortega y D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle. Educados bajo la autoridad de los preceptos del clasicismo, el estro de los tres vates no flamea, sin embargo, con igual fulgor. Son tres personalidades muy distintamente marcadas. Ofrece el primero este singular contraste: la prosa en que escribió los artículos de *El Ilustrador Americano*, órgano de la insurgencia, como ya en otro lugar queda dicho, y aquella su celebrada proclama, intitulada *Aniversario*, improvisada casi bajo los disparos de las huestes realistas, son como lava incandecida al fuego del entusiasmo; en tanto que su oda patriótica: *Al 16 de Septiembre*, en que se aparejan la elevación de estilo y la corrección de forma, suena majestuosa, es verdad, mas sin los arranques y desbordamientos que aquellas producciones del insigne patricio prometían, no pareciendo sino que, al pulsar la lira, cobraban sobre él todo su imperio las frías y severas reglas del arte.

El segundo, por el contrario, se abandona más á sí mismo, deja libre expansión al sentimiento que le domina, y cuando la ira estremece su plectro, va hasta la increpación, hasta el denuesto y el ultraje, como es de verse en sus silvas *A Iturbide, en su coronación*.

No así Sánchez de Tagle, que difiere de los dos por el temple de su musa, dulce y apacible, nunca apasionada ni violenta, ni con aficiones á lo trágico y heroico, siquiera cante: *A la entrada del ejército trigarante ó La derrota de Barradas*.

Son nuestros tres bardos legítimo ornamento de la historia de México, en la que vivirán incólumes como patrones del más alto civismo y de las más nobles virtudes privadas.

La nueva nación que, como la Palas helénica, brotara al golpe tremebundo del hacha de la guerra, á los inefables goces de la libertad, fecundada con la sangre de sus héroes, savia generosa que le promete vida intensa é inacabable, no es ya suelo estéril al cultivo de las letras y del arte; que esta doble manifestación de la humana intelectualidad es signo característico de nacional autonomía.

La lírica corre ya franca y confiada, sin miedo á tiránicas compresiones, que ella sabrá quebrantar ó estigmatizar de su propio valer.

Surge una pléyade de líricos en que descuellan D. José Gómez de la Cortina, D. José Joaquín Pesado, don Manuel Carpio, D. Manuel Eduardo de Goroztiza, el padre Miguel Jerónimo Martínez, D. José Sebastián Segura, D. Alejandro Arango y Escandón y D. Ramón Alcaraz. Gómez de la Cortina se hace notar por la corrección del habla, más que por el vuelo del estro; Pesado bebe sus mejores inspiraciones en la literatura hebrea, y en su arpa resuenan los cánticos bíblicos de mano maestra interpretados, según de ello dan victorioso testimonio sus paráfrasis de los Salmos y su poema *Jerusalén*; por la fluidez, la elegancia y la profundidad del pensamiento con que acierta á desarrollar el motivo que los inspira, sus sonetos bien pueden competir con lo mejor que en tan difícil género ha producido la Euterpe castellana. Desigual y poco espontáneo es Carpio, gran amigo y correligionario de Pesado, á quien aspira á emular en los asuntos bíblicos y en la poesía descriptiva, sin que logre alcanzarlo, ni por la inspiración, ni por el gusto literario, dotes en que Pesado le es con mucho superior. Las obras poéticas de cada uno han proporcionado caudal para sendos tomos, y hay la particularidad de que con ser inferior Carpio á Pesado, gane á éste en fama popular. A hablar con propiedad, Goroztiza carece de títulos para figurar en la lírica; fué en ella su producción débil y por extremo escasa, y es en otro género en el que culmina con brillo singular.

Poeta místico de primer orden es el padre Martínez, á quien, así como á Gutierre Cetina, bastó un solo madrigal para hacer su nombre imperecedero; los sonetos *Jesucristo* y *La Poda* lo levantan á la

cumbre del Parnaso. Segura, con tendencias místicas muy análogas, queda á la zaga del ilustre canónigo. Arango y Escandón, y Alcaraz, contrapuestos en ideales políticos, éste liberal y conservador aquél, coinciden en gustos y aspiraciones líricas, sin que por eso lleguen á igualarse: hay en Alcaraz más elevado sentimiento poético, mayor caudal de letras en Arango y Escandón.

Todo este grupo pertenece á lo que hoy se llamaría la vieja escuela. En la época en que se dieron á conocer, el romanticismo apenas comenzaba á infiltrarse en nuestra literatura, en la que estaba llamado á hacerse sentir con no menor intensidad de la que alcanzó en Europa. Este mismo grupo, reforzado con el concurso de otros distinguidos literatos, fundó la Academia de San Juan de Letrán, primer centro importante de cultura literaria organizado en la República.

Comprendiendo esta reseña el desenvolvimiento nacional de las letras, no hemos de abrir capítulo aparte para cada uno de los campos en que ese desenvolvimiento se ha operado; de hacerlo, quebrantaríamos la unidad del asunto, parecería como si quisiéramos atribuir carácter típico á las manifestaciones literarias de Jalisco y de Yucatán, sin desconocer el hecho de que en uno y otro aquéllas se produjeron de modo espontáneo y con entera independencia de la capital. Así, pues, el sincronismo de la evolución literaria nacional nos obliga á saltar de uno á otro de tales centros, sin que ello importe en el fondo solución de continuidad.

Tiénesse á D. Pablo Moreno por el iniciador del movimiento literario en Yucatán, y á él se deben, sin duda, las primeras enseñanzas de los yucatecos en el cultivo de las letras. Mas su influencia no se traduce por lo que llegara á producir, que si algo produjo se quedó perdido, sino por la doctrina que como maestro difundió, tocando á él propagar los principios que la filosofía del siglo XVIII dejó en gloriosa herencia á la centuria que acaba de agonizar.

Antes de que la literatura tuviera en Yucatán maestro y fundador, ya se marcaban las aficiones literarias, y no de modo baladí, sino por producciones dignas de llamar la atención de la gente letrada.

Rompen la marcha en el desfile de los líricos peninsulares, D. Wenceslao Alpuche y D. Mariano Trujillo. Fogoso hasta la impetuosidad el primero, y quizás por eso poco coercible dentro de las reglas del arte; reposado é incontestablemente menos incorrecto el segundo, quien nunca intentó salir de las fronteras de la lírica, empleando su no desacorde estro en asuntos ya religiosos, ya festivos, en tanto que Alpuche se atrevió á mayores, que llegó á ensayar su aliento en la homérica trompa, no muy acertadamente, dígame justicia.

De la producción de Trujillo dentro de poco se habría perdido toda memoria en Yucatán mismo; la editada de Alpuche enciérrase en volumen de poco bulto, del que el distinguido biógrafo D. Francisco Sosa entresacó las composiciones que juzgó de más valer para insertarlas en el *Ensayo Biográfico Crítico*, con que ha honrado la memoria del bardo su conterráneo.



D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle